



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 11.

JUEVES 12 DE MAYO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 30 rs.

## SUMARIO.

EL PROGRESO EN LA FAMILIA, por J. Marin Ordoñez.—EL BAILE, por José Alcalá Galiano.—EL CASTILLO DE MAGDALO (Continuacion), por E. Perez Escrich.—COSTUMBRES DE AFRICA—ORIENTAL, por Luis Alvarez Abreu.—EL CIGARRO, por C. Sanchez Palacios.—EL RUIDO, por Juan de la Cruz Rovira.—ANTIGÜEDADES.—FEAS Y BONITAS, por A. Miralles de Imperial.—DEL LIBRO ABECEDARIO DE LA VIRTUD, por J. de Dios de la Rada y Delgado.—LAS FLORES DEL BAILE, por Rubiales.

## EL PROGRESO EN LA FAMILIA.

Si el hombre, como dijimos en el artículo *El progreso*, si la humanidad camina incesantemente á la realizacion de un destino, cumpliendo las eternas leyes que la Providencia les señalara, deben en todas sus creaciones revelar ese carácter de perfeccionamiento. Y la idea que desarrolla esa condicion del ser racional y el pensamiento que fecundiza ese gérmen de la naturaleza humana, ha de estender su poderosa influencia á las instituciones todas, á las condiciones diferentes del hombre y de la sociedad. El cristianismo, ciencia, como tambien dijimos, que enseña á el hombre la verdad; la única moral que le inspira realizacion de la idea divina que engrandece las aspiraciones del hombre, estiende su benéfico poder á las relaciones de éste, y la familia experimenta su bienhechora virtud, y la economía toma nuevo rumbo en esa idea de libertad, orden y justicia.

La familia, como el individuo y la humanidad, tiene leyes que cumplir, leyes eternamente armónicas que sintetizan su ser y que siguen de una manera acompasada su desarrollo y perfeccion; leyes cuyo cumplimiento la conducen á su bello ideal, cuya infraccion la separa de su santo destino para hundirla en los horrores de la mas torpe degradacion, para convertirla en un instrumento de bajas y re-

pugnantes pasiones. El hombre siente en su pecho el estímulo de esas leyes santas que la mano de Dios grabara en nuestros corazones; preciosos escombros de un suntuoso monumento de que aun quedan restos con que poder alzar de las ruinas el demolido edificio; sino tan magestuoso y gigantesco como antes de su desolacion, lo bastante para conducirnos al conocimiento de lo que fue. Nuestras almas se mezclan todavia en las puras regiones del sentimiento, aun escuchan con entusiasmo los suaves ecos del amor casto, y se conmueven á sus misteriosos acentos y buscan confundirse en sus gratas delicias. Sino faltan corazones mezquinos, almas pequeñas á quienes embriaga una pasion rastrera, á quienes divide un afecto débil é inconstante, su propio sentimiento se levanta contra ellos y la voz uniforme de la humanidad les condena: el hombre ama, y ama la unidad y exclusivismo del objeto á que se dirige, se goza en la constante perpetuidad hasta identificarse con él en la perfeccion de su pasion; dividir nuestro amor no es amar, no es cruzar la existencia en la íntima comunicacion de dos seres que Dios criara el uno para el otro; es padecer en el goce pasajero de inconstantes caprichos, en la satisfaccion transitoria de caprichosas afecciones, agitar el mar de nuestros dias con el impetuoso huracan de desordenadas pasiones, en vez de mecerlo tranquilamente al dulce vaiven de la suave brisa de un cariño santo. El corazon que se divide, se destroza, y ni puede dar vida al pecho que le encierra, ni comunicar vigor á la institucion que ha de animar.

La unidad, pues, es condicion esencial de la familia, es la ley de su existencia que ha de cumplir para su desarrollo y perfeccion; tendencia que revela el sentimiento y aspiracion de nuestras almas y cuya realizacion significa el ideal de su progreso. Solo con ella hallará el hombre en esa institucion sombra á su azarosa existencia, bálsamo á su dolorosa carrera; hallará un pecho donde depositar sus pesares,

donde colmar sus alegrías; un alma que le aliente en sus penas, un corazon que le sostenga en sus dolores; sin que las dudas marchiten sus ilusiones, ni los recelos entristezcan sus planes, ni los rencores acibaren sus dichas.

Ley de la familia es tambien la indisolubilidad: lazo cuya union débil é inconstante fluctúa al vaiven del mas ligero choque, ni da duracion al vínculo que constituye, ni identifica á los seres que une, y el hombre que se dejara llevar de su veleidad y ligereza, solo encontraria en una union pasajera un foco mas de desventuras, sentina abundantemente de sinsabores: «La costumbre y la duracion, ha dicho muy bien el autor del Genio del Cristianismo, son mas indispensables de lo que se cre para la felicidad y aun para el amor.» Al comparar, acaso, el presente con el pasado, al evocar el recuerdo del ser que nos fue amado ante las dichas de aquel á quien pedimos sus caricias, un cruel romordimiento acibarará nuestra ventura y la pena marchitará las flores del corazon. ¡Tal es nuestra condicion miserable!

Cuando del dualismo, santo sí, pero reducido, de las almas que se unen por el dulce lazo del amor, de dos seres que se ligan cen el nudo divino de la familia, estendemos nuestra mirada al fruto de la fecunda planta de su cariño, nuestras convicciones se fortifican, se fortalecen nuestras creencias en las verdades que dejamos sentadas, y se entristece nuestro corazon al contemplar cómo pueblos enteros, cómo largas generaciones se han apartado de sus inspiraciones.

Vienen los hijos á defender las relaciones de la familia, á sancionar la union íntima de los esposos y á probar ante la sociedad toda la santidad de su origen. ¡Desgraciado el pueblo donde asi no suceda! Tiernos retoños del corazon del padre hacen creer y perfeccionar su ser á la sombra de éste, quien, árbol frondoso, debe prestarle vida lozana y robusta; pero si



débiles vástagos les falta jugo y vigor, si raquíuticos engendros llevan marcada en su frente el sello del crimen que les dió vida, del extravío que les trajera al ser, justa reconvención contra el autor de sus días, pueden alzar su dolorido grito contra ellos, condenar á la sociedad que no miró por su bien y acusar á la ley que sancionó su desgracia. Tales serían los efectos, rota la unidad en familia.

No serían menos desastrosos violada su indisolubilidad. Si por ventura era regular su nacimiento, el desvío y abandono vendrían á condenarles á la miseria y desolación.

Y no obstante las tendencias de la humana naturaleza, y sin embargo de los estímulos poderosos de las leyes que Dios grabará en nuestros corazones, al abrir las páginas de la historia, al pasar revista á todos los pueblos del mundo, cruzando de una región á otra región, de una edad á otra edad, de una zona á otra zona, por do quier encontramos contrariadas esas tendencias, sofocados y oscurecidos esos estímulos: interrogando sucesivamente á las pasadas generaciones, en la múltiple variedad de su diversa civilización, la causa poderosa de esa decadencia y abatimiento, todos dirán unánimemente, *sembramos el error y el vicio y recogimos la muerte*: «En el anchísimo campo de la historia no hay ninguna semilla que no fructifique...: en este campo fertilísimo nadie recoge sino lo que siembra...»

La historia de la familia nos probará mas y mas la verdad que dejamos sentada, de que los pueblos que no tuvieron ni la verdad ni la virtud cristiana se desplomaron faltos de vida, como los pueblos que las desprecian, abrumados por las olas de los tiempos, pasarán á la tenebrosa noche del olvido. Solo los pueblos cristianos serán inmortales, porque solo ellos poseen toda verdad y todo bien.

Sin estendernos á estudiar la familia bajo la influencia del paganismo en Asia, entre los cananeos, los medos y los persas, y en Africa entre los egipcios, los cartagineses y otros pueblos antiguos, por no permitirnoslo el objeto que nos hemos propuesto ni el espacio de un artículo, baste fijar un hecho que Estrabon, Herodoto y Diodoro de Sicilia aseguran, y en que todos los historiadores posteriores están conformes, siquiera sean los de mas descontentadiza crítica y á quienes tal vez hubiese halagado poder probar lo contrario: por la mortífera influencia de esa idea materialista y baja, desaparecen completamente los augustos caracteres de la sociedad doméstica, la unidad y la indisolubilidad; dominando como absoluta y soberana en la familia la ley del mas fuerte, el padre es un déspota, la mujer una esclava, el hijo una víctima; despotismo que ora aparece con el carácter de sensualista en los pueblos cultos, ora cruel y sanguinario en los pueblos feroces y bárbaros: esclavitud de la mujer que si á veces está limitada á los trabajos duros y penosos, se estiende por lo regular á una repugnante mancomunidad, á la prostitucion pública y obligatoria: dureza para con los hijos sin límite ni freno alguno, establecida por la ley y sancionada torpemente por sus religiones. Queremos contemplar á la familia desde punto mas elevado, penetrar en los países clásicos de la cultura, eternos objetos de admiración para las presentes generaciones; queremos dirigir nuestra mirada al mundo desde la cima del Olimpo, desde la cúpula del Capitolio, para rasgar el velo fascinador que cubre sus materialistas civilizaciones, inmenso sudario de un cadáver hediondo y horroroso: ver á Grecia en sus filósofos y sacerdotes, á Roma en sus oradores y legisladoras; visitar á aquella en Esparta y Atenas, á ésta en Roma misma, en el anfiteatro y en el *phorum*, que si indudablemente al fin de tan penosa escursión llevamos la pena en el alma descubriendo que ha sido el mundo entregado á sus errores y aberraciones, derramará el consuelo en nuestro corazón, la esperanza en una venturosa aurora de libertad y de justicia.

(Se continuará.)

J. MARIN ORDOÑEZ.

## EL BAILE.

*Difficile est satiram non scribere.*  
JUVENAL.

Musa traviesa y juguetona, númen de los pies, deidad saltarina, Terpsícore; creerás que como otros mil pedigueros escritores voy á pedirte inspiración, un rayo de luz, ó cosa parecida; nada de eso; pido lo que autor alguno te pidió jamás desde tantos siglos como hace que vives y reinas sobre los pies humanos, pido tu perdón. Tu perdón, si, porque voy á atacar tus derechos, á vituperar los actos de tu gobierno, ó como si dejéramos, á hacerte la oposición.

¡Loco intento! ¡Atacar el baile, ese pedestal de nuestra sociedad, ese noble arte pedestre, eso que podemos llamar los latidos del cuerpo! Ridiculez, locura, desatino, grita ya por aquí una caterva de pollos bailarines; ¡qué estúpido, qué audaz, qué menguado autor! dice una irritada multitud de hermosas jóvenes que están diciendo *bailadme*. Fuera, prorumpen los padres; abajo, añaden las madres; dejadle, murmuran los maridos, y á tales exclamaciones siguen una serie de risas burlonas, gestos desdeñosos, amenazas insolentes y otras semejantes demostraciones de desaprobación, como taparse los oídos, cerrar los ojos, volver la espalda, concluyendo por una silba general al atrevido que imagina ni un instante atacar el baile; que va contra la corriente, combatiendo la mas sólida, aunque al parecer mas movable, institucion de los tiempos que corremos.

Aguantemos la lluvia de improperios: no importa.

¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Nunca se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Nuevo Temístocles, gritaré: pegad, pero escuchad; silbad, pero leed, y recibiré sereno el golpe de la opinion enfurecida.

¿Qué encuentras de malo, de peligroso, de nocivo en el baile, satírico declamador? ¿Qué no se ha de bailar porque se te antoje? Enhorabuena, bailad. Bailar es un acto natural. Cuando estamos alegres el corazón nos baila en el pecho, y hasta la sangre parece que circula con doble fuerza bailando un galop al compás de la emoción. El hombre ha nacido para llorar de dolor ó para bailar de alegría: ¿de qué manera mas elocuente espresa su pena ó su contento que con una lágrima ó con un salto? Si quisiéramos apoyarle hasta con tradiciones históricas, recordáramos al Santo Rey David bailando delante del arca traduciendo con sus pies el lenguaje de su corazón; á Herodías, obteniendo la cabeza de un hombre por precio de unos graciosos pasos, y otra multitud de ejemplos parecidos. Los griegos y romanos tuvieron sus danzas guerreras, los pueblos salvajes tienen las suyas; por cualquier parte del globo que caminemos encontraremos el baile, por cualquier página que abramos la historia tropezaremos con el baile, y hasta en la Biblia leemos de dos montes que saltaron de alegría, cosa algo mas maravillosa, sin duda alguna.

Bailaban los dioses del Olimpo, bailaban los reyes, bailan los conquistadores, los magistrados, los nobles, los plebeyos. Todos, todos mueven los pies alguna vez al compás de la música, lo cual demuestra bien á las claras, que el bailar es una cosa tan natural como comer ó beber; que el instinto del baile es innato en el hombre; que los pies pueden representar mas sentimientos de los que parece, y que si de poetas y locos todos tenemos un poco, de bailarines tenemos mas.

Probada la legitimidad, antigüedad y bondad del baile, ¿por qué atacarle y tratar de

derribar sus eviternos altares? ¡Ah, lectores míos! Porque esta vaporosa ciencia, este aéreo arte, hoy es la bandera bajo la cual se alista una legión de pseudo-bailarines; un ídolo á cuyo culto se ha despojado de su antigua pureza; una escuela de corrupción en plena sociedad, autorizada por esa misma sociedad; porque con su deslumbrante y al parecer inofensiva ostentación, es el encubridor de graves abusos, la careta con que se ha convenido en disfrazar flaquezas y miserias, el pasaporte que da paso á mil cosas que no debieran pasar jamás.

Decidme, candorosos padres, ¿si un atolondrado pollo ó un intencionado gallo, de buenas á primeras se tomase la franqueza de agarrar á vuestra hija por la cintura, estrecharla contra su seno?... ¡Oh escándalo!... Si tal hiciese, si á tanto se atreviese, por lo menos le plantábais de patas en la calle. Harías muy bien.

Vosotros, celosos Othelos, maridos que con el matrimonio quereis reducir un quebrado á entero, haciendo de dos medios una unidad, del hombre y la mujer dos seres tan inseparables que formen un solo ente *andrógino* ó sea macho y hembra, centinelas de vuestras mujeres, avaros de vuestro tesoro, si viérais á un prójimo estrechar la mano que estrechásteis ante el altar, oprimid el talle que solo debeis oprimir vosotros, ¿qué haríais? ¡Enfureceros, pedid vuestro honor, lavar la mancha con sangre, el oprobio con lágrimas! Obraríais cuerdaamente como buenos caballeros.

Vosotros, hombres *pundonorosos*, que á veces haceis los osos por el *pundonor*; que por un *quitame allá esas pajas* quereis un *quitame allá ese hombre*; si viérais que á vuestra hermana, prima ó parienta las cogia un cualquiera y ponía sus manos muy lavadas, ó sin lavar, sobre su cuerpo virginal, ¿qué haríais? ¡Ah! ¡lo que haríais! Castigar al insolente, nombrar padrinos, elegir campo, arma, y otras frioleras por el estilo. Cumpliríais con lo que dicta el honor.

Y sin embargo, padres bondadosos, allí veis á vuestra hija en brazos de un extraño que la galantea, que estrecha su mano, que oprime su talle, que palpa la esbeltez de sus formas, y no poneis ceño ni os enfadáis, antes bien se os cae la baba viendo girar como una perinola á vuestra inocente y modesta niña.

Y vosotros, don Juanes, aquella que veis tan unida á aquel, confundiendo ambos hasta sus alientos fatigados con el movimiento, es vuestra hermana. ¿Qué bien baila! ¿No es verdad? ¡Con qué ligereza!

Todo lo veis impávidos, ¿por qué? Porque están bailando. Es decir, que el baile es hoy una institucion hecha *ad hoc* para autorizar tales abusos. ¡Si esos suspiros, flores, apretones de manos y pies; si aquellas ardientes manifestaciones se hiciesen andando!... Pero bailando es uno dueño de mirar, escuchar, decir y hacer cuanto le venga mejor.

Ya se ve, en estos tiempos en que tanto se inventa, los hombres han inventado una máquina para hacer pacientes á los maridos, confiados á los padres, prudentes á los hermanos; una máquina para hacer que los hombres y las mujeres se entiendan, sin que se ofenda ni enfade esa vieja gruñona llamada moralidad; una máquina para encubrir flaquezas y tejer enredos, para convertir el mundo en una balsa de aceite, para establecer la igualdad entre los hombres y entre los sexos, la comunidad de personas, y para introducir una paz octaviana entre los mortales. Esta máquina se llama *baile*. Bienaventurado su inventor.

No se puede negar que es un bien el baile. Supon, amigo lector, que en una reunion un caballero distraído pone su mano sobre el hombre, por ejemplo, de una señorita. La gente cuchichea, murmura, mira con asombro tal atentado contra el decoro. ¡Ay, lo ha visto el padre ó el hermano; buena se va á armar! Ya llega.—Caba... caballero va á decir; pero brota de súbito del piano una polka salvadora;



todos se levantan, se agarran, se mueven; mi pareja estrecha las distancias y se pone á bailar. El ofendido calma su ira. Un momento antes aquello era la mas horrible ofensa; ahora la cosa mas natural del mundo. Todo pasó; la mar se serenó; el viento cesó; la música aplacó la tormenta; el baile hizo su oficio de mediador; el piano pudo mas que la lira de Orfeo, el que tocó el piano... ¡ah! el que toca el piano mientras bailan los demás... ¿Con qué pagar la felicidad que derrama de sus dedos, las cosas que autoriza con sus notas, las cosas que encubre con sus compases, los rumores que apaga con sus raudales de armonía? ¿Qué clasificación darle? ¿Qué nombre ponerle? En verdad que no se me ocurre; pero quizá el discreto lector recordará alguna expresiva voz del Diccionario que le venga como de molde. ¡Oh! el que toca el piano en una reunion es merecedor de una corona y de la pública gratitud por sus buenos oficios: su papel es el mas brillante de todos, el de tabla de salvacion, iris de paz, ángel tutelar de los amores.

Lo mismo que cada persona tiene un cuerpo que todos ven y un alma que nadie ha visto, el baile moderno tiene tambien su cuerpo y su alma. El exterior (cuerpo) le componen las parejas, la música, los pasos, las vueltas, los empujones, espectáculo seductor, vaporoso, animado, lleno de vida y de gracia, cuerpo cubierto de encajes y joyas: el interior (alma) le constituyen los suspiros, las palabras amorosas dichas al oído de una en las narices de todos; palabras acompañadas de un significativo apretón de mano; los latidos de los corazones, los juveniles ardores devorados, las miradas codiciosas, los pensamientos atrevidos, la pasión que acaso enciende en el corazón de estopa de un hombre la mirada de fuego de una mujer; las protestas y promesas hechas al compás de la música; y en fin, tantas cosas que no se ven pero que se sienten, que se saben y no se deben decir. El baile de los pies engendra el baile del corazón, le embriaga; la embriaguez asciende, llega á la cabeza, y trastornada esta norma de la vida, no se espere gran cordura. Véase cómo hoy las cosas son al revés: antes el amor entraba por los ojos, llegaba al corazón y se extendía hasta los pies y manos; hoy penetra por manos y pies, llega al corazón y de éste se planta de un salto en la cabeza. Seguramente el enemigo malo de ningún modo puede dar tentaciones como con el baile, donde si el cuerpo se tienta, el alma anda desalentada. Si no hay hombre cuerdo á caballo, ¿cómo lo habrá bailando?

El baile, tal cual le han puesto hoy la civilización y la moda, para el joven es una ocasión de enamorar, para el calavera una ocasión de abusar, para la joven acostumbrada á comprimir sus impulsos y á disfrazar sus sentimientos, una ocasión de perder, si no la honra, á lo menos el pudor que es su mejor virtud, su gracia mas graciosa, su adorno mas elegante, su joya de mas valor: la que es muy liberal de pies será pródiga de manos, y no muy avara de los tesoros de su amor. Para la mujer casada es una ocasión de faltar si quiere aprovecharla para tramar lo que se puede llamar una conspiración conyugal; y para todos en general, una ocasión, si no de practicar vicios, de olvidar virtudes, y el que olvida la virtud pronto se acordará del vicio. No digamos nada si las sílfides de esos bailes van adornadas con esos mal llamados vestidos de baile, que mas parecen disfraces de cortesanas que de vírgenes, mas parecen hechos para descubrir las formas que para realzarlas.

El poder del baile antes se limitaba á los pies, ahora se extiende á las manos. Corred á los campos, á las aldeas y vereis el baile legítimo en toda su pureza. Vereis á los sencillos ó no sencillos campesinos saltar, girar, cantar, tocar castañuelas y panderetas, por fin rebosar de alegría y movimiento. Fuera del baile serán lo que quieran y harán lo que hagan; en el baile son solo bailarines, bailan y nada mas.

Entrad en un salón y vereis el baile tan adulterado que el bailar es allí lo menos. ¿Hay nada con que se manifieste mejor el contento y se mueva mas el cuerpo que con una alegre jota, con un fandango, con unas seguidillas, bole-ras ú otros de esta especie? Observad los bailes populares; en casi todos ellos danzan el hombre y la mujer sueltos, separados saltan como desesperados pero no se tocan. Comparad con ellos las polkas de todos géneros y nombres, las perezosas danzas habaneras, los precipitados walses, y sobre todo ese baile torbellino, esa danza desbocada que se llama wals en dos tiempos, en la que no en dos, sino en un tiempo pierde la mujer su magestad, su gravedad el hombre. Estos bailes, mas que tales, son abrazos poetizados y disfrazados. Hablemos claro, bailarines. ¿Quereis abrazar? pues abrazad sin bailar, ¿quereis solo bailar? bailad sin abrazar. Fecundos compositores de bailes á la moda, inventad nuevas danzas, rigodones ilustrados, con todos los adornos que os dicte la pedestre fantasía, en los que hombre y mujer bailen frente á frente y no á brazo partido, y habreis hecho mas bien que muchos moralistas con sus áridos tomos, muchos predicadores con sus ajustos sermones y muchos hombres públicos con sus discursos y con sus leyes.

¡Hombres insensatos! vosotros destruis la mas noble pasión humana, el amor: acostumbrados á estrechar cien mujeres, las mirais indiferentes, endureceis vuestro corazón. Para vosotros las mujeres perdieron su encanto; las codiciáis, pero no las amais; las galanteáis, pero no las respetáis. Vosotros las enseñais á ser desenvueltas, vosotros las haceis perder su brillo y su precio. ¿Qué valor dareis al contacto de una mano que ha estrechado la de tantos? ¿Qué impresión os hará coger una cintura que una docena de manos han profanado cada noche? Y si vais á sacar á bailar á la mujer que amais, si la amais de veras, ¿qué contento os dará si os dice: *estoy comprometida*, como si dijera, estoy alquilada por un rato como coche de plaza? ¿Dónde fue la poesía misteriosa del amor, la significación de una mirada y de todo ese lenguaje mudo pero expresivo de los que aman? «Renunciad, os diré con una gran poeta, á la esperanza mas cara del amor, la de estrechar una mano que no haya sido así estrechada por nadie, y fijar vuestras miradas en ojos que no hayan nunca encontrado las ardientes miradas de otro, sin una desagradable sensación.» ¿Podrá vuestra boca codiciar unos labios que todos han tenido tan cerca, si no para tocarlos, al menos para quitarles su pureza? Acusais á la mujer de coqueta, de ligera, de desenvuelta, sin considerar que acusais vuestra propia obra. ¿Quereis inocencia, virtud, amor en un ser á quien despojais de tales atributos y á quien tratais de igualar con vosotros?

¡Mujeres! ángeles de la tierra: os quejais de los hombres, los acusais de poco galantes y comedidos, de atrevidos y de inconstantes... Y ¿de quién es la culpa sino vuestra? Al darles vuestra mano los haceis indiferentes; al entregarles vuestra cintura los haceis atrevidos; al ostentar y prodigar vuestros hechizos á porfía, los haceis inconstantes; al descubrir vuestro seno los inspirais amor sensual, no platónico; al tocarlos los haceis descorteses; al tirar por el suelo los tesoros de vuestros encantos, los connaturalizais con ellos y los haceis desdeñosos, como el opulento desdeña acaso los mas suntuosos manjares. Vuestra mirada pierde su brillo, vuestro aliento su perfume, vuestro seno su pureza, vuestras manos su electricidad, vuestra voz su armonía, vuestros labios su magia, vuestro ser, en fin, su divinidad. Erais reinas y bajasteis del trono, os confundisteis con el hombre, os despojasteis de vuestro manto, tirasteis la corona, no os la arrancaron: no os quejéis, pues, si cesó vuestro reinado, si pasaron los días en que los caballeros sabían respetar hasta el nombre de mujer y ponían sus damas al lado de su Dios si hoy ponen su dama al lado de

su diablo. Vosotras lo quisisteis: les disteis el pie y se tomaron la mano; perdisteis vuestra noble dignidad, no extrañéis que ellos hayan perdido su respetuosa adoración. No lo olvidéis: las mujeres hacen á los hombres y los hombres á las mujeres. Que cada cual sepa guardar sus derechos mas legítimos.

¿Veis en un precipitado wals una mujer y un hombre confundidos en un solo cuerpo giratorio? Pues esta es la mas perfecta imagen de la sociedad moderna. Hoy el hombre y la mujer se aproximan en costumbres; ellos se afeminan, ellas se varonizan, se asemejan en usos y hasta en trages, se identifican en ideas, se parecen en sentimientos, los dos sexos forman un sexo neutro. Antes eran dos cuerpos separados por hábitos y pensamientos, una alma unida por el amor, hoy dos almas separadas por el amor, un cuerpo compuesto de dos, unidos por sus instintos y sus analogías. ¿Cómo extrañar que el *idealismo* abandone el campo y que el *materialismo* venga á sentar en él sus reales! ¿Querrán exigirse ideas elevadas, cuando todo anda por las manos y por los pies de los actuales vivientes?

La verdad cuesta muy cara. Algunos de mis lectores echarán este escrito al fuego por herético. Perdon, lectoras: nada mas lejos de mí que atacar vuestro arte favorito; pido solo su reforma, que á vosotras mas que á nadie interesa. Me acusareis de sarcástico; ¿qué quereis? Veros descender de vuestra altura revuelve mi indómita bilis, que brota hasta por mi pluma. Me tachareis de duro. Yo bien quisiera, como Ovidio, escribir con una pluma de las alas del amor; pero este caprichoso niño me la niega. Un deseo os asaltará quizá: saber quién es el autor de estas verdades ó mentiras. Pues no es un adusto Catón, ni un marido celoso, ni un filósofo austero, ni menos un padre amoscado; pertenece á esa casta de pájaros llamados pollos; es un pollo amigo de vuestra hermosura, pero mas amigo de la verdad.

¿Soy reo por ir contra vuestra opinión? Condenadme á la muerte de vuestro desprecio. Al escribir lo que escribo, soy un extraño entre vosotras y los vuestros, lo sé. Sí, sí, diré con Berenguer:

*Oui, je suis un pauvre sauvage  
Errant dans la société.*

No hacedme caso: bailad, bailad, mortales, que yo, llevando el compás, para no ser llamado imprudente, solo diré el tan significativo dicho vulgar de *sigla la danza*.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

## EL CASTILLO DE MÁGALO.

(CONTINUACION.)

—Historia, señora. Yo, sin mas patrimonio que estos dos instrumentos que nunca se separan de mí, soy hijo de un príncipe real.

—¿De un príncipe! Jamás me has dicho...

—Yo lo ignoraba; pero mi pobre madre me ha hecho esta noche esa revelación. Hé ahí el motivo de mi tardanza. Aquí donde me ves soy nieto de Herodes el Grande.

—¡Ah! Tu abuelo, continuó Magdalena sonriéndose como si dudara de la palabra del cantor, dicen que fue muy aficionado á las artes, pues imitando al divino Julio César, las hizo libres en Israel, pensionando algunos poetas. Si él hubiera llegado á oír tu prodigiosa habilidad, indudablemente hubiera puesto el cetro de Jerusalem en tus manos.

—Mi abuelo fue el asesino de mi padre.

—Esa revelación habrá alentado tus esperanzas.

—Israel es la esclava de Roma; el fuego patrio se ha extinguido en el corazón de los descendientes de los Macabeos; lamer el hierro cobardes, y rezar en voz alta en las sinagogas es



todo lo que les preocupa. Raza menguada que espera su salvacion en la venida de Mesías... y teme empuñar el estandarte vengador. Pero no es la opulencia de un trono la que mi alma ambiciona: prefiro ser tu esclavo, vivir eternamente, como ahora, sentado á tus pies mirando la hermosa luz de tus divinos ojos, cantarte mis trovas, arrullar tu sueño, y recibir en premio una sonrisa como la que ahora vaga por tus labios purpurinos como la flor del terebinto, y depositar un beso al separarme de tí en esa encantadora frente.

—Magdalena, con los ojos voluptuosamente cerrados, la cabeza lánguidamente inclinada sobre un mullido almohadon, oía como una música las palabras del cantor.

Cuando éste terminó, dijo levantándose y dirigiéndose á la mesa:

—La cena nos espera.

Boanerges se levantó tambien.

Entonces el cantor y la castellana fueron á echarse en los ricos divanes que rodeaban la mesa á la usanza hebrea.

La comida era frugal.

Consistía en dosasados, dulces en conserva y frutas secas.

Durante la cena apenas hablaron alguna que otra palabra.

El cantor comió poco.

Se ocupaba mas en servir á la señora de Magdalo.

Ella por su parte tampoco le invitaba á que comiera.

Indudablemente la hermosa Magdalena ejercía una gran superioridad sobre aquel jóven.

Aquella mujer que habia alcanzado de los hijos de Israel el sobrenombre de Pecadora, aquella huérfana desenvuelta que rendía culto á su hermosura y que despreciaba el clamor del vulgo, sin regirse mas que por los instintos de su ardiente corazon, jamás habia concedido á sus adoradores otra cosa que miradas de amor, promesas engañosas que no se realizaban nunca.

Gozábase en atormentar á sus amantes.

Tenia vírgen el cuerpo y corrompida el alma.

Tu constante anhelo era ser adorada hasta la idolatría.

Su corazon sediento de emociones, sentía un vacío que no podía llenar el amor de los hombres que derramaban el incienso de la galantería á sus pies.

Aquella alma ardiente, insaciable, estaba destinada por el Supremo Ser que rige los destinos de la criatura, á amar mas tarde, con el entusiasmo y la fe de los mártires, al Hombre-Dios que bajaba á la tierra á salvar con su sangre al género humano.

#### IV.

##### MELODÍAS.

Terminada la cena, la perla de Betania ofreció una copa de oro al cantor, diciéndole:

—Este precioso néctar, estraído de las viñas de Engadi, inspira á los poetas. Bebe,

pues, y canta, querido Boanerges, pues supongo que habrás escrito la cancion de *La hermosa pecadora* que te encargué.

Boanerges, despues de apurar la copa, la dejó sobre la mesa diciendo:

—Confío en mi musa y en tus dulces miradas que inflaman mi inspiracion. Los grandes poetas son imagen de las aves del cielo. Cantan sin estudiar sus cantos. Tomiris (1), Te-

que sigue acompañado de una armonía extraña.

La música y el verso eran improvisados en el momento; pero Boanerges no tenía otra profesion, y se hallaba todos los días en casos semejantes.

Sus coplas se habian hecho populares; llámábanle el *Cisne de Galilea*.

Las señoras de Jerusalem le citaban para oírle.

El cantor mendigo, el hijo de reyes, mantenía á su anciana madre con las limosnas de los magnates, con la caridad de los pobres.

La cancion decia así:

¿Quiéres que cante, bella señora,  
Por qué te llaman la Pecadora?  
Porque es tu frente  
Resplandeciente

Como la aurora de la mañana  
Que entre celajes de ópalo y grana  
El sol envía desde el Oriente.  
Y en tus pupilas claras y hermosas  
Brilla serena la luz del día,  
Y tus miradas son tan sabrosas  
Como la esencia de la ambrosía.  
¿Cómo mirarte  
Sin adorarte?

Si de sus labios rojos y bellos  
Brotó la esencia de los jazmines,  
Si el oro puro de tus cabellos  
Tiene el perfume de los jardines,  
¿Quién ve tu rostro, flor de las flores.  
Sin que á tus plantas muera de amores?  
¿Quién de tu barba mira el hoyuelo,  
Y ve tus ojos de azul de cielo  
Y no te adora?

Flor de Betania, luz de la aurora,  
¿Quién al mirarte no te desea,  
Aunque te llamen la Pecadora  
Las envidiosas de Galilea!



LONDRES.—Abadía de Westminster. (Véase el número anterior.)

resias (2) y Homero, privados de la luz de sus ojos, escribieron sus obras inmortales en la memoria de sus oyentes.

—Mucha confianza tienes en tu inspiracion.

—Puedes tú juzgar de ella.

Magdalena tornó á ocupar el divan que poco antes habia abandonado.

Boanerges se sentó á sus pies, y descolgando la lira de sus espaldas comenzó un preludio melancólico como el canto del cisne moribundo.

Mientras duró el preludio tuvo sus ojos fijos en la voluptuosa mirada de Magdalena, como si quisiera en ella beber la inspiracion.

Despues, con voz dulce y sentida, cantó lo

(1) Tomiris, músico y poeta de Tracia, desafió á las musas á cantar, y ellas le dejaron ciego.

(2) Teresias, célebre poeta divino. Los dioses del Olimpo le privaron de la vista porque revelaba á las mujeres sus secretos. Su madre Carich, alcanzó de Minerva que le concediera un oído tan fino que llegó á comprender el lenguaje de los pájaros, y la misma diosa le dió un baston con el cual caminaba con la misma seguridad que antes de quedar ciego. Despues de su muerte los tebanos le adoraron como á un Dios.

Boanerges se detuvo como para tomar aliento. Sus ojos resplandecían con el sagrado fuego de la inspiracion, mientras sus dedos continuaban arrancando á la lira dulcísima notas, cuya armonía deliciosa se perfumaba con la esencia del nardo y de la mirra que llenaba el reducido camarín de la hermosa Pecadora.

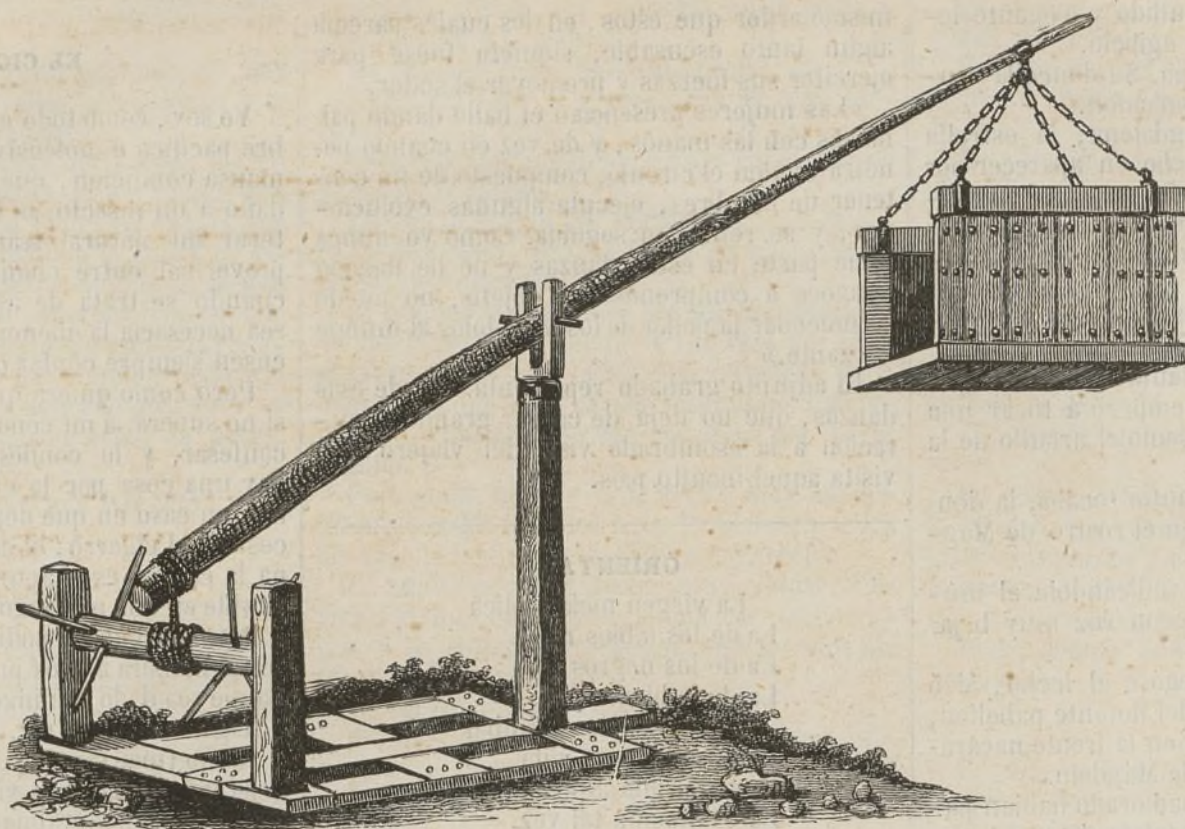
Magdalena acariciaba mientras tanto, con sus pequeñas manos, los blondos cabellos del inspirado cantor.

Boanerges cantó la estrofa siguiente:

Son tus mejillas flor de granado;  
Tu frente hermosa, cielo estrellado;  
Tu linda boca,  
Que á amar provoca

Cuando la entreabre sonrisa leve,  
Muestra unos dientes como la nieve  
Que á Vénus misma volvieron loca:  
¿Quién de tu cuello ve la blancura  
De donde el lirio la suya toma?  
¿Quién ve lo esbelto de tu cintura





Antigüedades.—El Tolenon.

Y de tu aliento siente el aroma?  
¿Quién no delira  
Cuando te mira?

¿Quién no suspira cuando te nombra?  
¿Quién no te busca tarde y mañana  
Como del sáuce la fresca sombra  
Busca en Egipto la caravana?  
¿Quién no codicia besar tu huella?  
¿Quién en tus ojos no deja el alma?  
Si eres hermosa como una estrella,  
Si eres esbelta como una palma,  
¿Quién no te adora?

Flor de Betania, luz de la aurora,  
¿Quién al mirarte no te desea,  
Aunque te llamen la Pecadora  
Las envidiosas de Galilea?

Cesó el cantor, y colgando la lira de su espalda, dijo con acento conmovido:

—Estás servida, señora.

—Yo te agradezco, Boanerges amigo, el delicioso rato que me ha hecho pasar tu improvisación. Si el gobernador Pilato fuera tan artista como Mecenaz, estoy persuadida de que recompensaría tu inspiración robusta y entonada, porque verdaderamente perteneces a la familia de los genios.

—Soy hebreo, y desprecio la protección de un romano.

—Pilato no es romano, es español.

—Pero sirve a Tiberio, al déspota del Tíber. Soldado mercenario, desnuda la espada en favor de aquel que le paga.

—Bien se conoce que la revelación de tu madre ha inflamado la sangre de tus venas, dijo la castellana.

—¿De qué serviría mi ardimiento? El pueblo de Israel está avezado a la esclavitud. Si yo fuera suficiente necio para dar el grito de liber-

tad, los romanos no tardarían mucho en crucificar me en la cumbre del monte de la Calavería. Además, yo solo sé amar y sufrir, ya lo sabes... pero tú me has impuesto silencio, y callo. ¡Ah! Bien caro me cuesta el placer de verte todas las noches y arrullar tu sueño.

—Solo así te permitiré la entrada en mi camarín.

—La gente murmura, Magdalena... y la calumnia pronuncia el nombre de tu amante favorito: ese nombre es el mío.

—Tú sabes que eso no es cierto.

—La esperanza de realizar mis sueños de amor me den fuerza para esperar.

—Espera, pues.

Boanerges exhaló un suspiro doloroso, é inclinándose la frente al suelo, quedóse inmóvil como una roca.

Magdalena llamó a su doncella, y apoyada en su brazo, se encaminó al pequeño dormitorio.



Africa.—Danza de los Becuanas.



rio donde se hallaba el mullido y elegante lecho cubierto con conopeo egipcio.

Se reclinó sobre la cama. Su doncella sentóse á sus pies en un almohadon.

—Boanerges, dijo Magdalena, la estrella matutina no tardará mucho en aparecer por Oriente. Es tarde: el sueño me rinde; cumple con lo pactado; tómame la recompensa ofrecida y vete. Tu pobre madre estará impaciente.

Entonces Magdalena cerró los ojos y se dispuso á dormir.

Boanerges desató la flauta del metal que colgaba del cinturón, y empezó á tocar una melodía dulce y sentida como el arrullo de la tórtola enamorada.

Mientras el nocturno cantor tocaba, la doncella tenía la mirada fija en el rostro de Magdalena.

Por fin, alzó la mano, indicándole al músico que cesara, y le dijo con voz muy baja:

—Duerme.

Entonces Boanerges llegóse al lecho, alzó con cuidado el extremo del flotante pabellón, y depositó un beso suave en la frente nacarada de la hermosa señora de Magdalo.

Los labios del cantor enamorado habían pasado por la frente de Magdalena ligeramente, como el ala de una golondrina sobre la tersa superficie de un lago.

—Toma y vete. Volvió á decirle la doncella alargándole una moneda de oro al cantor.

Boanerges rechazó aquella limosna con altivo ademán, diciendo:

—Guarda para tí ese oro, como siempre; pero no le digas á tu señora que yo lo he rehusado desde el primer día.

Boanerges se encaminó á la ventana y salió por ella.

La criada recogió la escala y volvió á ocultarla en la pequeña columna que servía de base á la estatua de Adonis.

Después fué á sentarse sobre unos almohadones junto á la cama de su señora.

(Se continuará.)

E. PEREZ ESCRICH.

### COSTUMBRES DE AFRICA.

Siempre hemos creído que hasta en el espíritu del hombre menos pensador, debe producir la idea del baile, si sobre ella reflexiona, malísimo efecto. Según nosotros, y nos confesamos también culpables, no hay nada más ridículo que la costumbre mencionada. Pero si aquí lo es, á pesar del arte y el estudio con que se verifica, ¿qué no será en un país salvaje, donde todos los movimientos son grotescos y acompañados de gesticulaciones horribles? Hay, no obstante, que conceder cierta poesía, cierta vaguedad, cierto misterio á esas danzas fantásticas en que las tribus de África se agitan al compás de las cañas y de las palmas, en derredor de sus chozas y á la melancólica luz de la luna, que presta al cuadro un extraño colorido.

Daniel Livingstone describe los bailes de los becuanas de la siguiente manera:

«El baile consiste en formar un círculo los hombres que están casi desnudos, y llevan unos palos pequeños ó bien las mazas de combate, y en dar los gritos mas penetrantes que pueden, y al mismo tiempo levantan simultáneamente una pierna, dan con ella dos golpes en el suelo, y luego levantan la otra y dan uno solo, siendo este el único movimiento que hacen con uniformidad. También mueven los brazos y cabeza en todas direcciones, continuando sus rugidos, durante todo el baile y llegando á hacerse al final casi invisibles por la nube de polvo que levantan con su repetido pateo, que es tan fuerte, que dejan un gran surco marcado en el suelo en el sitio donde han practicado sus evoluciones. Esta escena sería muy propia y oportuna en una casa de orates como medio de mitigar la excitación cerebral escesiva; pero aquí era ridícula en extremo, tanto mas, cuanto que en ella los ancianos tomaban parte con los jóvenes con el

mismo ardor que estos, en los cuales parecia algun tanto excusable, siquiera fuese para ejercitar sus fuerzas y promover el sudor.

»Las mujeres presencian el baile dando palmadas con las manos, y de vez en cuando penetra una en el círculo, compuesto de un centenar de hombres, ejecuta algunas evoluciones, y se retira en seguida. Como yo nunca tomé parte en estas danzas y no he llegado tampoco á comprender su objeto, no puedo recomendar la polka de los macololos al mundo danzante.»

El adjunto grabado representa una de esas danzas, que no deja de causar grande admiración á la asombrada vista del viajero que visita aquel inculto país.

### ORIENTAL.

La vírgen melancólica  
La de los labios rojos  
La de los negros ojos  
La de la blanca tez;  
Cuyo suspiro es ámbar  
Cuya sonrisa es vida  
Cuya mirada anida  
La exaltación tal vez.

Tu amor es el benéfico  
Oasis del desierto  
A la esperanza abierto  
Del que camina en él.  
La sombra embalsamada  
Que cabe linfa errante  
Ofrece al caminante  
Balsámico laurel.

Viajero yo que trémulo  
Allá al azar camina  
Cansada golondrina  
Sin rama do posar:  
Miraba casi exánime  
Faltándome ya el vuelo  
Sobre el desierto suelo  
Lozana flor brotar.

Desde la altura rápido  
Por admirar sus galas  
Mis fatigadas alas,  
Sobre ella replegué;  
Y tú eras la flor mística  
Que ve desde la altura  
Y cuya esencia pura  
A respirar bajé.

Por aspirar tu lánguido  
Suspiro perfumado;  
Tu canto enamorado  
Un punto por oír;  
Trajérate yo chales  
Y perlas del Oriente  
Y flores de Occidente  
Y ajorcas del Ofir.

De mi laud armónico  
Las dulces melodías,  
En los revueltos días  
De sitio abrasador,  
Sonaran en tu oído  
Con mágico beleño  
Para inspirar tu sueño  
Para arrullar tu amor.

Y si me amaras diérate  
Mi vida, mi alma entera  
Si fuera ángel, partiera  
Mi gloria entre los dos;  
Si Dios te hiciera dueña  
Del mar y del abismo;  
Del cielo, de mí mismo  
Y fueras tú mi Dios.

LUIS ALVAREZ ABREU.

### EL CIGARRO.

Yo soy, como todo el mundo sabe, un hombre pacífico é inofensivo. Soy de tan blanda y mansa condición, que ni soy capaz de hacer daño á un insecto, ni hay cosa que pueda alterar mi natural tranquilidad. Esto es tan proverbial entre cuantos me conocen, que cuando se trata de alguna empresa en que sea necesaria la menor dosis de actividad, escusen siempre contar con mi cooperación.

Pero como quiera que mi franqueza iguala, si no supera, á mi conocida tranquilidad, debo confesar, y lo confieso humildemente, que hay una cosa por la cual me perezco, y que hay un caso en que dejo de ser tranquilo. Esa cosa es el cigarro: el caso en que me abandono la calma, es el apurado y casi siempre inevitable en que no tengo cigarros.

Ignoro cómo he podido llegar á aficionarme de tal manera á esos punteros de tabaco, que no me sea dado de ningún modo pasar sin ellos. El cigarro es para mí, después del alimento y el sueño (mis tareas favoritas), la mas imperiosa necesidad de la vida.

Privadme enhorabuena de toda clase de diversiones: de teatros, de paseos, de expediciones campestres, etc., etc., pero no me priveis de un cigarro en las horas que, en mi metódica vida, tengo destinadas para saborear los deliciosos puros de á cuatro cuartos. Y fumo puros de á medio real, porque los que se espended en los estancos á precios mas moderados, suelen ser, con ligeras escepciones, horriblemente pésimos, insoportablemente fatales.

El cigarro es en muchas ocasiones saludablemente provechoso; unas veces nos distrae de pensamientos desagradables, otras nos acompaña en la soledad haciéndonosla agradable. Veces hay en que el cigarro es un deleitoso entretenimiento en la ociosidad. Veces hay también en que aquellos que no saben qué hacer con sus brazos cuando están en reunión, y que no hallan respuesta alguna favorable á la pregunta siguiente: ¿de qué sirven los brazos cuando uno se halla en reuniones donde solo se mueve la sin hueso? el cigarro les saca graciosamente del atolladero, si en aquella reunión se permite fumar.

Las mujeres se pirran por los pollos que ostentan en su boca sendos habanos, y hasta por los pollitos, que, en algunas ocasiones, parecen niños pegados á los cigarros.

Si fuera á enumerar los deliciosos ó agradables momentos que un cigarro proporciona, tendria tarea para un siglo. Séame permitido hacer notar, en contraste, la desesperante situación de un fumador cuando no tiene cigarros, y lo que es peor, cuando no puede poder adquirirlos en el estanco.

Hé ahí la situación crítica, el momento fatal de la vida del hombre que fuma.

Lo primero que hace es buscar por todas partes algun alma caritativa, algun amigo generoso y bueno que le saque del difícilísimo trance en que se encuentra. Y hé aquí que suele suceder casi siempre que, cuando uno se halla en tal caso, no encuentra en medio mundo quien le saque del apuro.

Los amigos, como si tuvieran noticia de que hay quien les anda á la caza para aligerarles la petaca, desaparecen misteriosamente de todas partes. Hasta en esos horribles momentos no se encuentra por un ojo de la cara un solo moscon, de esos que se le pegan á uno á todas horas... ¡menos cuando uno los necesita!

¡Y cómo se ensancha el pecho, cuán deliciosamente se respira cuando se encuentra un buen amigo que alarga generosamente la petaca! ¡Con qué gusto se fuman aquellos cigarros, que tras venir en los momentos en que son tan deseados, no tienen ese metálico sabor á estanco!

Y ahora digamos algo de los que se dan á fumar á costa del prójimo, de esos entes insoportables que le salen á uno al paso por todas partes estrechándole cordialmente la mano y



diciendo con la mas afectuosa franqueza: «¿tienes un cigarro?»

Para esos que dan en pedir cigarros, no hay como dar en no darles: ellos se cansarán y se irán con la música á otra parte.

Mucho mas se me ocurre decir sobre los cigarros; pero comprenderás, lector amigo, que haga aquí punto final, si tienes en cuenta que mientras escribia este articulillo sobre el cigarro, me han entrado vehementísimos deseos de saber qué tal sale un soberbio habano que tengo encima de la mesa donde escribo, regalo de un querido amigo mio á quien dedicaria aquí un recuerdo por su delicado obsequio, si no tuviera tantos deseos de echar la pluma para fumarme el habano.

C. SANCHEZ PALACIOS.

### EL RUIDO.

Decidme de buena fe, queridos lectores. ¿Creeis que un artículo que tenga por epígrafe *el ruido*, puede ser bueno? No, y os lo voy á probar.

Figuraos que escribís una carta á la mujer que os ama, y que mientras lo haceis, un revoltoso chiquillo os mueve la mesa, os hace preguntas, grita, alborota, y en una palabra, no os deja escribir.

¿Saldrá bien la carta?

Pues ahí teneis el epígrafe de este artículo, metamorfoseado en chiquillo. En vano procuro leerlo para convencerme de que solo son cinco letras, que forman la palabra *ruido*; pero todo inútil. Cada vez que las leo me creo trasportado á una corrida de toros en el momento que el público pide caballos.

La poesía, al leer el epígrafe, se ha cubierto el rostro y ha desaparecido de mi habitación.

Y es muy justo su desconsuelo. ¿Que poesía ha de haber en el redoble de unos tambores, ó en las mazadas que un furioso músico da sobre el bombo?

Prosa, prosa, todo prosa.

Por eso se resiste la pluma al trazar las letras, por eso se queda inmóvil.

Solo el pensamiento y los oidos se agitan, escuchan, alborotan, y se trasladan detrás de uno de esos carruajes, en los que va una familia entera á bautizar un niño.

Si continuamos así, concluiremos el artículo sin haber dicho nada á nuestros lectores. Contémosles una historia.

Un día el ruido estaba meditando, si es que el ruido puede meditar.

Yo no lo dudo.

¿No meditaba Napoleon en medio del silbido de las balas?

Concedámosle, pues, al ruido el derecho de meditar.

Solo que esta vez, en lugar de estar como Napoleon en un combate, se hallaba en la habitación de unos titiriteros. A derecha é izquierda, delante y detrás, tenia esparcidos una porcion de trages de todos colores, y de todas épocas. De pronto se da una palmada en la frente, coge uno de aquellos trages, se lo prueba, mírase al espejo, se sonríe con satisfacción, y de un salto se planta en la calle. Una vez allí, empieza á correr en todas direcciones.

Se habia creado un nuevo placer.

Habia hecho el *Carnaval*.

Segun cuenta la crónica, cuarenta y siete días estuvo corriendo por las calles.

Eran las doce de la noche del último día.

El ruido estaba haciendo de las suyas. De repente unos brazos pálidos y flacos lo sujetan, lo desnudan y se llevan el traje de máscara.

La *Cuaresma* lo habia desnudado (1).

El ruido empezó á quejarse á grandes voces, y es fama que sus quejas durarán treinta y nueve días, al cabo de los cuales y á la misma hora de las doce de la noche, se vió otra vez

sujetado, puesta una mordaza en la boca, y conducido á un calabozo.

La Semana Santa lo habia encarcelado.

Entre las doce y la una corre la mala fortuna.

Esta reflexion debió hacerse el ruido cuando se vió en la cárcel.

Lo cierto es que allí permaneció seis días y cerca de medio, formando en su imaginacion planes de venganza.

El público comprendió por fin la necesidad de dar libertad al ruido; se interesó por él, y el sábado de Gloria, á las diez en punto de la mañana, salia de la cárcel respirando fuertemente, y lanzándose con estrépito por plazas y calles.

Pero como es muy testarudo y muy impertinente, todos los años hace lo mismo, y todos los años le traban el traje y lo encierran.

El ruido es una persona muy vulgar. Los vicios le dominan. Bebe, juega, se emborracha y se entrega con desenfreno á todos los placeres materiales.

Es un epicurista consumado.

En cuanto á opinion política, no tiene ninguna y las tiene todas.

En esto se parece mucho á ciertos hombres políticos.

Lo mismo se larga á la calle á defender la constitucion, que el absolutismo, y que la democracia.

En las revoluciones, en los motines, se presenta precedido de sus batidores los peros.

A pesar de todo, tiene momentos de incomparable sublimidad.

Cuando con su poderoso empuje arroja en medio del espacio el relámpago, el trueno, las nubes, el rayo, y todo tiembla ante su voz, entonces hay que confesar su grandeza.

La gravedad no es su fuerte.

Si quereis ver al ruido puesto en cuclillas, con las manos en el estómago, la boca pretendiendo unirse á las orejas de tanto reir, encarnado como una cereza y llorando de gozo, presentadle una diligencia volcada, los caballos dando voces unos, mordiscos otros, el mozo rompiendo fustas sobre ellos, el mayoral metido en el barro, y sobre todo, y que no se olvide, un viajero muy grueso, una vieja con sus perritos y un soldado que desespere á ambos con sus chistes.

Hemos concluido, lectores. El ruido es la prosa, y la prosa no acaricia con sus ideas las cabezas de veinte años.

JUAN DE LA CRUZ ROVIRA.

### ANTIGÜEDADES.

Los *tolenones* eran otra de las máquinas de guerra empleadas por la milicia romana para combatir los pueblos murados: consistian en una gruesa viga firmemente clavada en tierra del muro; á cierta altura atravesaba otro móvil á manera de balanza, de modo que bajando un extremo, se elevaba el otro, donde estaban colocados en un asiento de zarzos, los hombres armados que debian saltar al muro y penetrar en el recinto: Lipsio describe esta máquina tal como en otro lugar la estampamos.

### FEAS Y BONITAS.

#### I.

Una mujer que tiene buenos sentimientos, que es laboriosa y capaz de llevar el gobierno y guardar el orden de una casa, es una mujer apetecible.

Estas son las principales cualidades que debe reunir una aspirante al santo nudo.

La cara, el cuerpo, el modo de andar, la gracia en el vestir y esos otros requisitos que algunos piden, son muy secundarios.

El alma es un diamante que no aumenta sus quilates por estar engarzado en oro, ni los disminuye porque se sostenga sobre un pedazo de hierro.

Es verdad que su valor sube segun la riqueza del engaste.

Pero es verdad tambien que vale mas un brillante suelto, que un tiesto en una sortija de oro.

Muy bueno debe ser hallar á una mujer que atesora las primeras y las segundas circunstancias.

Muy mal dotada viene para el matrimonio, la que se parece á un vidrio engastado en hierro.

Sin embargo, la Providencia es tan sabia, que da á las mujeres en espíritu lo que les falta en belleza material.

¡Me horroriza la idea de una fea con mal corazón!

En cuanto á las opiniones de algunos sobre la bondad que revelan los ojos azules, los negros ó los pardos y el color del cutis y las prominencias marcadas de la frente, no creo por mas que me esfuerce en hacerlo.

Dispénsenme Gali y Lavater esta atrevida franqueza.

#### II.

Es una esposa muy fea y se llama Caralampia.

Hasta el nombre estremece.

Es una madre sumida en la miseria, despeinada, sus vestidos rotos, hasta algo sucia.

Ella, su marido enfermo y sus hijos todos de corta edad, hace ya diez horas que no han comido.

Esta mujer tan fea y que se llama Caralampia por apéndice, ha recibido de una mano caritativa un pequeño socorro. Llega á su bohordilla con las pocas provisiones que ha comprado con la limosna, conoce que no son suficientes para todos y para la gran necesidad que experimentan.

—Ahí teneis, les dice, el alimento que os traigo. Yo he satisfecho ya mi apetito y os he guardado una parte de mis manjares.

¡Sublime esposa!

¡Sublime madre!

¡Hermoso corazón!

Pues es feísima y se llama Caralampia.

#### III.

María es una muchacha tan linda, que dudo que Rafael ni Murillo hayan podido concebir un tipo que le iguale en perfecciones.

Se ocupa en no hacer nada.

Murmura de los vecinos y de los que no lo son.

Riñe con sus hermanos en la mesa, porque se han servido un poco mas de sopa que ella.

Llora porque quiere un vestido y su padre no tiene dinero, y le ruega que lo pida prestado, aunque sea al ciento por ciento.

Es verdad que María ignora qué es ciento por ciento y qué es pedir prestado.

Pide cuanto ve.

Ve lo que no debia, examinándolo con detencion.

¡Qué buena casada será!

¡Qué dulce esposa!

¡Qué tierna madre!

Y sin embargo, es ideal y tiene por nombre el mas bello de los nombres.

#### IV.

Poned al cuerpo de la segunda el alma de la primera y vice-versa, y os resultarán el cielo y el infierno.

Bien que estos extremos son muy raros y se ven de tarde en tarde.

Entre esa fea y esa bonita que acabais de ver, ¿cuál elegiriais, lectores míos?

La eleccion no es difícil de adivinar.

Un solo rasgo ha bastado para que se borre de la memoria lo feo de la persona y del nombre de una mujer.

Sin necesidad de acudir á una gran falta y con sacar á relucir dos ó tres necedades, hemos convertido á un ángel en demonio.

Una circunstancia que no se ha citado es la

(1) La crónica no cuenta si llevaba debajo otra ropa; pero nosotros suponemos que sí.





La Justicia.

riqueza. No hablaré de ella, porque creo que mis lectores son muy opuestos, como yo, á elevarla á la categoría de los atractivos femeniles. Acabaré por el principio, aunque esto sea anti-lógico.

La joven que tiene buenos sentimientos, que es honrada y laboriosa y capaz de sostener el orden de una casa, es la verdadera mujer apetecible.

A. MIRALLES DE IMPERIAL.

#### DEL LIBRO ABECEDARIO DE LA VIRTUD.

##### JUSTICIA.

—Papá, por qué pintan á la Justicia con una balanza en la mano?

—Espera, hijo, y lo comprenderás.

Pasaban al decir esto Julio y su papá por el Prado, á tiempo que una escena, bien extraña á la verdad, tenía lugar á corta distancia de ellos.

Dos niños, el uno de cinco años y el otro de diez estaban riñendo, y el mayor, como era natural, había dejado caer al mas pequeño y le daba repetidos golpes.

El chico era un pobre muchacho, y el mayor un rico heredero, amigo y compañero de Julio.

Este, llevado de su hermoso corazón, corrió hácia ellos, y separando á los dos combatientes, empezó á afeor su mal proceder al mayor de los niños, mientras acariciaba al mas pequeño y mas pobre, que se deshacía en lágrimas, pues le habían hecho mucho daño los golpes de su contrario.

—¿No ves que es mas chico que tú? ¿Así respetas á los seres mas débiles, que en vez de duro trato tienen derecho á reclamar de los mas fuertes amparo y protección?—dijo al rico heredero.

—Muchas gracias, Julio,—contestóle el iracundo niño;—te pones de parte de ese pobre diablo, que al pasar con sus sillas en la cabeza, ha tenido la audacia de chafarme con una de ellas el sombrero.

—Ya le dije á usted que fue sin poderlo remediar; que iba cargado, y no veía los que pasaban cerca de mí—le interrumpió sollozando el niño.

—Sí, envalentónate ahora porque tienes quien te defienda, pilluelo.

—Cuidado, Fernando, cómo tratas á esta pobre criatura que en nada te ha ofendido. Eso no es noble ni digno de tí. Has obrado mal, y mucho y muy sincero arrepentimiento necesitas, para que Dios te perdone tu mala obra.

—Vaya, vaya, que estás hoy original. ¿Defender á un muchacho en contra de un antiguo amigo y compañero!

—Sí, porque en esta ocasion ese muchacho tiene mas razon que tú, y la justicia no consiente consideraciones de ningún género.

—Esa es la balanza que ponen en la mano de la estatua de la justicia—dijo á este tiempo el padre de Julio que llegaba.—Tú has sabido pesar con tanto acierto la culpa de uno y de otro, que dando á cada cual lo que es suyo, la has colocado en fiel. Fernando—continuó—sabes la amistad que tengo con tu padre; si no quieres que le cuente lo ocurrido, y que te retire su cariño, da la mano á ese pobre chico, llévalo á tu casa, preséntale á tu padre, y pídele le dispense su protección. Repara al menos el mal que has causado, que la reparación cuando se obra mal es la justicia, y procura reprimir en lo sucesivo tan malos arrebatos.

Fernando obedeció confuso, subyugado ante la fuerza de la razon, y Julio dijo á su padre besándole la mano.

—Gracias, padre mio; ahora he comprendido la justicia, y ojalá que nunca se borre de mi memoria cuanto esta tarde he presenciado y oído de los labios de usted.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

#### LAS FLORES DEL BAILE.

(Traducción.)

Nosotras somos las flores del baile, las pobres víctimas de esas fiestas tan alegres.

Llegamos tímidas y modestas, adornadas solamente de nuestros propios encantos y se nos hace luchar con esas flores de la tierra que llaman diamantes.

Hijos del fuego, el ópalo, la amatista, la turquesa, el topacio, centellean con la luz de las bugías.

Nosotras, hijas del aire y del rocío, no abrimos los ojos sino para mirar la luna, las estrellas. La atmósfera del baile nos seca, nos abrasa. En un cuarto de hora, nos marchitamos.

Hermosa joven, ¿por qué nos colocas entre tus cabellos? mira tu tocador, ¿no hay en él flores hechas por la mano del hombre? ¿flores que ni temen el calor ni el polvo, ni la luz de las arañas ni el roce con la multitud?

No nos lleves al baile, hermosa joven; déjanos bañar nuestros pies flexibles en estos vasos de cristal; nosotras perfumaremos tu aposento, y cuando vuelvas pálida, fatigada, soñolienta, tú nos verás sonreír, y nosotras mezclaremos dulces sueños á tu reposo.

No nos lleves al baile, hermosa joven.

Mas ¡ay! no nos escucha; ya rodeamos su cabello con una fresca guirnalda, ya nos coloca sobre su seno, ya vamos á partir. Nosotras somos las flores del baile, las pobres víctimas de esas fiestas tan alegres.

Nuestras hojas serán arrancadas una á una, y serán pisoteadas. Antes de acabar el baile, ya no estaremos entre estos cabellos; mañana un grosero lacayo nos arrojará á la calle.

¡Por última vez, hermosa joven, déjanos aquí; nos encontramos tan bien en este aposento virginal!

¡Nos llevas!... Ten cuidado, hermosa joven. Flor viviente del mundo, adorno animado del baile, algún día tal vez el mundo te pisoteará como á nosotras y te arrojará á la calle.

RUBIALES.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable: Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sánchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu. En Provincias, Estrasjero y Américas en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.